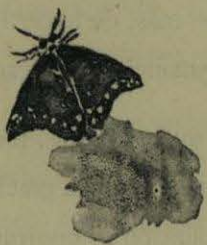


No pretendas pisar tan alta esfera,
Reprueba tanto crimen sin embozo,
Que la honradez nos hace placentera
La triste soledad del calabozo.

Prisión Militar de Santiago.



POEMAS
Y
EPISODIOS

LA FLOR

LA FLOR

LA FLOR

I.

De la montaña en el abrupto flanco,
Limitando el barranco
Por donde turbio, atronador, hirviente,
Revolviendo entre rocas y entre brumas,
Se despeña el torrente
Arrojando con furia sus espumas.

II.

Acantilado muro se levanta
Con altitud que espanta,
Coronado de robles y de encinas,
En donde tienden húmedo su velo
Las nieblas matutinas
Con la primera luz que baña el cielo.

III.

Bordan soberbio manto á su grandeza
El musgo y la maleza,
Y los punzantes cactus, y atrevidos
Arbustos, que las rocas aferrando
Se inclinan suspendidos,
El espantoso abismo sombreando.

IV.

El agua del torrente evaporada,
Retorna condensada
En anchas venas ó menudas gotas
Por la rugosa falda del gigante,
Y en las quebras ignotas
Se pierde misteriosa y murmurante.

V.

Como lacia melena, en los crestones,
Los tupidos festones
Lánguidos flotan á merced del viento,
Oscilando en constante y rumoroso
Y vago movimiento
Sobre la frente altiva del coloso.



VI.

Levantán incansables tejedoras
 Las plantas trepadoras
 Su verde malla en la pendiente breña
 Y se agrupan el hongo y el helecho,
 De la desnuda peña
 Luchando por asir el borde estrecho.

VII.

Al abrigo del sol crece y florea
 La fragante orquidea
 Y es de aquella montaña la espesura
 Fantástica cortina recamada
 De flores y verdura
 Al alcance no más de la mirada.

VIII.

Por la florida senda pedregosa
 De la cañada umbrosa
 Que al pie de la montaña se estrechaba,
 En fresca tarde de apacible día
 Feliz atravesaba
 En juvenil y alegre compañía.

IX.

De aquella sierra en los peñascos huecos,
 Despertaban los ecos,
 Con el duro trotar de sus corceles,
 Lucida cabalgata de amazonas
 Servidas de donceles,
 Animosas, gallardas, juguetonas.

X.

Ya saltaban osadas y ligeras,
 De robustas palmeras
 Los abatidos troncos seculares;
 Ya buscaban la sombra de lustrosos
 Crujientes platanares,
 Ó de frescos naranjos olorosos.

XI.

Inquietos, jadeantes, fatigados,
 Y de sudor bañados
 Los generosos brutos gorbetean,
 Y al viento arrojan en ligeras plumas,
 De sus fauces que humean
 Lucientes y blanquísimas espumas.

XII.

Sobre un garboso y trotador overo
Que relincha altanero
Sacudiendo su crin luenga y sedosa,
Entre aquel bello grupo iba María,
La virgen pudorosa
Por quien de amor mi pecho se encendía.

XIII.

Era esbelta y flexible. Su cabeza
Con noble gentileza
Coronaban undosos sus cabellos,
Negros, finos, profusos y brillantes,
Y de sus ojos bellos
Lamos de luz brotaban deslumbrantes.

XIV.

La amaba yo con la pasión primera;
Con mi existencia entera
Una hora de su amor pagado habría;
Pero ella altiva siempre y desdeñosa,
Severa reprimía
De mi edad la corriente tormentosa.

XV.

Contemplando la hirviente catarata,
La gentil cabalgata
Se detiene, y se escucha entre las rocas
El rumor de las voces argentinas
De aquellas lindas bocas,
Como el hablar de alegres golondrinas.



XVI.

Mas de pronto en la peña acantilada,
Con rápida mirada
Descubre entre las quiebras mi María,
Roja, espléndida flor que altiva crece
Y al hombre desafia
Desde la inmensa altura en que se mece.

XVII.

¡Con qué infantil candor, con qué inocencia,
 Expresó la impaciencia
 Que le causaba contemplar tan lejos
 Aquella flor, mirando su hermosura
 Á los tibios reflejos
 Del sol que penetraba en la espesura!

XVIII.

No pude resistir, sentí convulso
 Con repentino impulso
 Agitarse mi ser; el pensamiento
 Se incendió con el fuego de una idea,
 Y dijo mi ardimiento:
 «Suya será esa flor, pues la desea».

XIX.

Antes que alguno mi intención comprenda,
 Con la flexible rienda
 De mi corcel despierto el noble brío;
 Y pujante se mueve y se encabrita
 Y en las aguas del río
 Saltando el peñascal se precipita.

XX.

Entre sordos rumores confundidos
 Llegan á mis oídos
 Ecos de angustia y gritos de quebranto
 Que presurosos á llamarme vienen,
 Y ni me dan espanto,
 Ni me hacen vacilar, ni me detienen.

XXI.

Fuerte, ligero, audaz y apasionado,
 Con el pecho inflamado
 De aquella edad por el intenso fuego,
 De ilusiones y amor llena la mente,
 Atravesaba ciego
 Las encrespadas olas del torrente.

XXII.

El potro vigoroso hiende el agua;
 Como de ardiente fragua
 Es su aliento agitado. La onda fiera
 Espumante le envuelve hasta la silla;
 Pero su esfuerzo impera
 Y el borde alcanza de la opuesta orilla.

XXIII.

Salto de mi caballo, y diligente
 Por la áspera pendiente
 Que mi osada intención torna en escala,
 Asalto con valor el alto muro
 En donde el pie resbala
 Y el apoyo en el brazo es inseguro.

XXIV.

Como el reptil que en antro pavoroso
 Se arrastra cauteloso,
 Así avanzaba yo. Ya desprendida
 Escapaba una piedra de mi mano,
 Ya entregaba mi vida
 Al seco matorral, frágil y vano.

XXV

Sobre el musgo mi planta se escurría;
 En inútil porfía,
 Me aprisionaban en flexibles lazos
 Trepadoras sin fin y enredaderas,
 Y al hacerlas pedazos
 Se llevaban tras sí rocas enteras.

XXVI.

Á veces con esfuerzo sobrehumano
 Y teniendo mi mano
 Á punzadora hierba mal sujeta,
 Pugnaba por hallar, inútilmente,
 El relieve ó la grieta
 En la pulida faz de la pendiente.

XXVII.

Era supremo triunfo la conquista
 De la tajante arista
 Que duro pedernal me presentaba,
 Y ofreciéndome apoyo pasajero
 Mis carnes destrozaba
 Con sus cortes más finos que de acero.

XXVIII.

Con negras alas de cambiantes rojos,
 Azotando mis ojos
 El vértigo asomó; yo no veía
 El abismo á mis pies; pero terrible
 Su aliento me envolvía
 Atrayéndome mudo, irresistible.

XXIX.

Y vi nubes sangrientas, y vi estrellas
 Rutilantes y bellas
 Cruzando en obscurísimas regiones,
 Y escuchaba tañidos de campanas,
 Y rugir de aquilones,
 Y conciertos de músicas lejanas.

XXX.

Parecíame sentir que de su asiento
 Con rudo movimiento,
 Quebrando las cadenas de granito,
 Se arrancaba ligera la montaña,
 Cruzando el infinito
 Con torpe vuelo en lentitud extraña.

XXXI.

Sentí helarse mi sangre; de pavora
 Crujir mi dentadura,
 Y en mi cerebro el soplo de la muerte.
 Dejé de respirar; cerré los ojos
 Y me detuve inerte,
 Como en mullido lecho, en los abrojos.

XXXII.

¿Pasé inmóvil una hora ó un instante?
 Lo ignoro; delirante
 Seguí subiendo. Todo parecía
 Á mi vista cambiar; por los cantiles
 Precipitada huía
 La repugnante tropa de reptiles.

XXXIII.

Se animaban los cactus: erizados
 Sus dardos acerados
 Procuraban herirme. Rencorosas
 Me lanzaban fosfóricas miradas
 Víboras espantosas,
 En las oscuras grutas refugiadas.

XXXIV.

Hirviente muchedumbre me rodea
 De insectos, que hormiguea
 Bajo la hierba, ó se alza en densa nube,
 Y con formas diversas y bizarras
 Sobre mi cuerpo sube,
 Clavando sus harpones ó sus garras.



XXXV.

Sangrando voy, y á detener me obliga
Mi empeño, la fatiga;
Eterno aquel camino me parece.....
Alzo la vista..... y miro que colgando
Cerca de mí se mece
La codiciada flor que voy buscando.

XXXVI.

Renace mi vigor, vuelve el aliento;
Con rudo movimiento
Me adelanto salvando la distancia
Que me separa de la flor, y ufano
Con soberbia arrogancia
Tiendo sobre ella la sangrienta mano.

XXXVII.

Y al contemplarme así sobre la altura
Con extraña locura
Sentí de la barbarie el atavismo,
Y orgulloso lancé como un ultraje
Sobre el profundo abismo
El estridente grito del salvaje.



XXXVIII.

De la callada brisa el dulce beso
Sobre mi frente impreso
Calmó la fiebre, me sentí dichoso,
Y radiante de amor y de alegría
Me incliné presuroso
Buscando con la vista á mi María.

XXXIX

Donde yo le dejé, cerca del río
Inmóvil y sombrío
Me contemplaba el grupo fijamente;
Y ella, lejos de allí, puesta de hinojos,
Inclinaba la frente,
Con las manos cubriéndose los ojos.

XL.

¡Ella por mí temblando y solitaria
Alzaba su plegaria!
Yo no puedo decir qué sentimiento
Movió mi corazón: fué de ventura,
Ó fué remordimiento
Al contemplar su pena y su amargura.

XLI.

Ligero como el tigre perseguido
Dejo el peñón erguido,
Encuentro mi corcel, salto á la silla
Y cruzando el torrente, en la cañada,
Doblando una rodilla,
Le presento la flor á mi adorada.

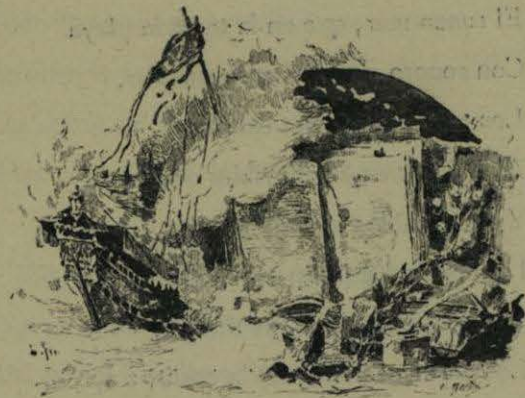
XLII.

Ella se acerca pálida, me mira,
Se estremece, suspira,
Y luego apasionada, como loca,
La flor de entre mis manos arrebatada,
Se la lleva á la boca
Y en llanto de ternura se desata.

México 1884.

LORENCILLO

EPISODIO HISTÓRICO. — AÑO DE 1683.



LORENCILLO

EPISODIO HISTÓRICO.—AÑO DE 1683.

Dadme vuestra atención, y de mis labios
Escuchad la leyenda lastimosa
Del siglo diez y siete recogida
En las páginas negras de la historia.

Serena está la noche; sólo turba
El solemne silencio de sus horas

El ronco mar, que en la tendida playa
Con sonoro rumor rompe sus olas.
Los rayos de la luna cabrillean
Al resbalar en las movibles ondas,
Y en apacible claridad se baña
La hirviente espuma en la lejana roca.
Como triste sudario, se dibujan
Los pardos arenales de la costa,
Y alzándose en el fondo de los cielos
De la montaña la gigante sombra.
Allí está Veracruz. En esa noche
En dulce calma y sin temor reposa.
Ni una luz en sus calles ni en sus plazas,
Ni en el castillo que su mar custodia;
Ni el grito del alerta centinela,
Ni el rumor de los pasos de la ronda.
Muda está la campana que denuncia
La henchida vela, que llegando asoma,
Y desierta la torre en que el vigía
Los horizontes de la mar explora.

Todo descansa en la ciudad que duerme,
Arrullando su sueño rumorosas
Las aguas del Atlántico que llegan
Y las murallas sin descanso azotan.

Mas, de repente, sobre el limpio cielo
Que en matiz de turquesa se colora,
Allá por el Oriente se perfila
Como fantasma erguido, silenciosa,
Deslizándose rápida en las aguas,
Una potente nave; y después, otra
Y otras que van tras ella, dirigiendo
Hacia la playa la tajante prora.
No desplegan al viento sus banderas,
Ningún farol en la cubierta asoma,
Alumbrando á la chusma diligente
Que el alto bordo del bajel corona.
Once las naves son, y todas ellas
Entre el murmullo que del agua brota
Arrojan en el fondo del abismo

Las oxidadas anclas ponderosas;
Suena el silbato, y con presteza arrían
Los marineros las tendidas lonas,
Quedando la tupida arboladura
Como el bosque privado de sus hojas.
Ya descienden los botes, ya la escala
Flexible se desprende de la borda,
Y en ruda confusión se precipita
De los bajeles la revuelta tropa:
Y se empujan, se estrechan y se oprimen,
Resonando las armas que se chocan,
Cuando al tocar en los ligeros botes
Unos sobre otros sin temor se arrojan.
Cada vez que las lanchas, tan cargadas
Están, que torpes con peligro flotan,
Del buque se desprenden, y á la tierra
Llegan, dejan la gente, y luego tornan
Nueva carga á buscar, sin que el cansancio
Retarde ó interrumpa la maniobra.
¡Cuánta gente en la arena! ¡Cómo brillan

Las armas por doquier! ¡Qué presurosa
Aquella hirviente muchedumbre acude
A la primer señal que la convoca!
¡Cuán extraño conjunto! ¡Cuántas razas!
¡Qué confusión de trajes y de idiomas!
Vienen allí, siguiendo á los franceses,
Que el nombre de su rey fieros invocan
Y áurea la flor de lis muestran bordada
En su bandera, que á los aires flota,
Negros, indios, mestizos y mulatos
Prófugos de las islas. Y de Europa
Ingleses y flamencos y españoles,
Cuya negra traición su faz pregonan.
Altivos acaudillan esa chusma
Nicolás de Agramont, y el de faz torva
Lorenzo Jaquenún, audaz pirata,
Del que guardan tristísima memoria
Las costas del Campeche y las de Honduras
Y el comercio de Cuba y la Española,
Y es terror de soldados y marinos

Que van de Nueva España con la flota.
Se dice que en sus venas sangre lleva
De la africana gente rencorosa;
Sabe el vulgo sus bárbaras hazañas,
Pero su patria y apellido ignora,
Y así por *Lorencillo* le conocen
Desde el monarca hasta la plebe tosca.
Pero cesa el rumor, y aquella turba
Se pone en marcha. Lenta, misteriosa
Avanza la columna, y se desliza
Sobre la arena, cual gigante boa
Que hambriento va buscando cauteloso
La descuidada presa entre las sombras.

Tal como, á veces, la tormenta airada,
Rauda turbando la tranquila zona,
Al fiero impulso de huracán pujante
Llega, se extiende, crece, el cielo entolda,
Engendra el rayo, ruge con el trueno,
El relámpago nace de su sombra,

Estremece la tierra, el bosque abate
Y en torrente de lluvia se desploma;
No de otro modo en la ciudad dormida,
Apenas llega la apacible aurora,
Repentino rumor se alza terrible,
Y crece atronador, como si rotas
Las murallas que enfrenan de los mares
El ímpetu soberbio, negras olas
Chocando con estrépito llegaran
En catarata hirviente y bramadora.
¡Son los piratas! Quejas y lamentos
Y disparos y golpes, y rabiosa,
Ronca y atronadora gritería
Anuncian el asalto; nada estorba
La sangrienta invasión, nadie resiste;
A la sorpresa sigue la congoja,
Que ni la fuga misma se imagina
Esperanza brindando salvadora;
Paga allí con la vida su imprudente
Curiosidad quien á la calle asoma,

Y temblando en el fondo de sus casas
Aguardan todos en mortal zozobra
El instante supremo en que el pirata
De honor, riqueza y libertad disponga.
¡Qué terrible pillaje! ¡Con qué estruendo
Se abren las duras puertas que destrozan
El hacha y el martillo! Aquella turba
En nada se detiene, no perdona;
Del lecho arranca al viejo miserable,
Al triste enfermo, á la doncella hermosa,
Al niño, al religioso, al artesano,
A la esclava infeliz y á la matrona.

En torpe confusión, casi desnudos,
Trémulos de pavor, entre las sombras
Van en grupos llegando los cautivos
Al templo principal de la parroquia.
Más de seis mil encierra, y ya no puede
De aquel templo la nave estrecha y corta
Tanta gente guardar; falta el espacio,

Y en horrible opresión allí se forma
Una compacta masa, en la que apenas
Pueden al pecho las abiertas bocas
Llevar el aire que á la vida falta
En medio de un ambiente que sofoca.
Y va creciendo la mortal angustia,
Se prolonga el martirio y se prolonga,
Y á los rayos del sol que ardiente sube
Se despierta la sed abrasadora.
Fétida, densa, inmóvil, asfixiante
La corrompida atmósfera, se torna
En rápido veneno, que la muerte
Siembra doquier horrible y pavorosa.
Delirando de angustia, desoladas,
Sin un amigo que su mal acorra,
Miran las madres á sus tiernos hijos
En sus brazos morir; y en vano imploran
Piedad y compasión, porque sus quejas
Gritos de rabia y de dolor ahogan.
Se escucha el estertor de la agonía

Del que expira de sed; seca y nerviosa
Resuena la estridente carcajada
Del que convulso y loco se desploma;
La horrible maldición y la blasfemia
Se unen á la oración conmovedora,
Y se mezcla el gemir de la desdicha
Con el rugido que el rencor aborta.
Allí recibe la desnuda planta
El caliente cadáver por alfombra,
Y sobre el cuerpo del anciano padre
Helada de terror la hija se posa.
Y llegan sin cesar grupos y grupos
De aventureros, que en el templo asoman
Registrando con lúbrica mirada
Las mal cubiertas ó desnudas formas
Que las mujeres ocultar procuran
Con los jirones de la escasa ropa,
Y la sangrienta mano del soldado
Arrastra á la doncella ó á la esposa,
Y la salvaje sed de sus pasiones

Sacia brutal, y luego las arroja
Á la infesta prisión, agonizantes
Bajo el peso fatal de su deshonra.

Ruego y súplica y llanto, á mover llegan
De Lorencillo el corazón de roca,
Y de agua y pan permite que á los presos
Se les lleve ración mezquina y corta.
Como lobos hambrientos que se lanzan
Sobre la débil presa, y la devoran,
Y con creciente rabia se acometen,
Y unos con otros fieros se destrozan;
Así la iglesia, en que oprimidos gimen
Los cautivos, de súbito se torna
En campo de batalla. Jadeantes,
Rugiendo de furor, convulsa y hosca
La demacrada faz, se ultrajan todos
Por apropiarse la escudilla rota,
El tosco vaso, la ánfora pesada
Que al templo llevan, en desnuda tropa,

Pobres niños, temblando de fatiga
Desde lejana fuente, y que provocan
Luchas, combates, golpes, maldiciones
Y salvajes escenas, porque ahogan
Amistades, amor, vergüenza y miedo,
El horror á la muerte y la congoja,
La horrible sed que las entrañas quema
Y el hambre con sus garras opresoras.
Y no son ya lamentos ó gemidos
Los que desprenden las humanas bocas:
Son el rugir del tigre que estremece,
Aullidos de chacal que se prolongan,
Gritos de extrañas y enconadas fieras,
Y silbos de serpientes venenosas.

Espléndido botín, riqueza enorme
De los piratas el afán corona,
Excediendo en valor á cuanto pudo
Ambicionar la turba codiciosa.
Oro y plata en monedas y en vajillas

Y en pesados lingotes, ricas joyas,
Soberbias telas y valiosos muebles
En las calles y plazas se amontonan;
Porque es tanto el botín, que su presencia
Á la perdida gente no provoca,
Pues no ambiciona la común fortuna
El que más que soñó tiene en la propia.

Ya tres veces el sol cruzado había
Por el claro cenit, cuando afanosa
A preparar comienzan los piratas
Del anhelado embarque la maniobra.
Es inmensa la carga. Los bajeles,
Que ya la esperan en lejana costa,
Se distinguen apenas, y es preciso
Que se transporte la riqueza toda.
De los presos entonces manda el jefe
Servirse en la fatiga, y nada importa
Si la estrecha prisión y el sufrimiento
El alma turban y la fuerza agotan.

Cual lúgubre cortejo de fantasmas
Que de una cripta abandonada brota
Por el conjuro mágico evocadas,
Y los sepulcros abren, y las fosas
Lanzan de sus entrañas conmovidas
Huesos desnudos ó desnudas momias;
Escuálidos, convulsos, vacilantes,
Hirsuto el pelo, la mirada torva
Como el que va á morir, no con el gozo
De quien amada libertad recobra,
Van del templo saliendo los cautivos
Entre las filas de enemiga tropa.
Y muchas veces el doliente rostro
Á la prisión terrible que abandonan
Vuelven hijas y madres, pues en ella
De algún perdido ser á quien adoran
Queda el cadáver insepulto, y yace
En soledad horrenda y espantosa.
Nunca cordón de hormigas diligentes,
En asiduo trabajo, hora tras hora

Del henchido granero la semilla
A las trojes llevó de su colonia,
Como aquellos cautivos, sin descanso,
Hasta las playas el botín transportan,
Activando su marcha fieros golpes,
Rudos denuestos y sangrienta mofa.
Unos caminan lentos, tropezando
Bajo el peso que duro les agobia;
Otros ruedan por tierra y ya no pueden
Volverse á levantar, y aquella horda
Les arranca el suspiro postrimero
Burlando su dolor y su congoja.
Cuando el último fardo sube al buque,
Llevan las lanchas á la gente toda,
Y juntos prisioneros y piratas
Las playas mexicanas abandonan.

Ya desplegadas las turgentes velas,
Al blando impulso del terral que sopla,
Hacen gemir la recia arboladura;

Crujen las naves, y en las verdes olas
Abre la quilla movedizo surco,
Que en argentada estela se transforma.
Ya se aleja la escuadra lentamente
Como banda de cisnes, que orgullosa
Las níveas alas á la luz tendiendo
Del manso lago los cristales corta.
Pero ¡ay! ¡qué cuadro de tristeza y luto
En la ciudad desierta y pavorosa!...
Gime el viento en las casas solitarias
Atravesando por las puertas rotas,
Y en la plaza, en la calle y en el templo
Corrompidos cadáveres devoran
Hambrientos perros y aves repugnantes,
En odioso festín que nadie estorba.
¡Qué terrible infortunio! ¡Cuán inmensa
Calamidad, sembrada en pocas horas!
¡Cuántos caudales, fruto del trabajo
De largos años y constancia proba,
Se deshacen ligeros cual la niebla

Que el bosque guarda al despuntar la aurora!
¡Cuántas nobles virtudes, defendidas
Entre mundanas luchas, cuántas honras
Por femeniles pechos conservadas
En virginal candor y á dura costa,
Resistiendo al amor, á la riqueza
Y á trueque á veces de la dicha propia,
En cieno inmundo profanado arrastran
Con lascivas caricias espantosas,
Ebrios de vino y de pasión rugientes,
Torpes bandidos que á terror provocan!
¡Cuántos niños, ayer acariciados,
En la orfandad y servidumbre lloran,
Y en tanto, presas de mortal angustia
Las madres sin ventura, entre la tropa,
Y víctimas de duros tratamientos,
Desde el fondo del alma los evocan!
Y sigue el padecer. De la desgracia
La funesta medida no se colma,
Y las naves piráticas, huyendo

De Veracruz, se acercan á la costa,
Y en un islote triste y solitario
Á consumir sus crímenes aportan;
Como espantado el buitre carnicero
Cuando su presa con placer devora,
Alza el vuelo llevando entre sus garras
Los restos palpitantes, y se posa
A seguir insaciable en su tarea
En el crestón de inaccesible roca.
Los piratas exigen el rescate
A sus tristes cautivos, y se enconan
Su saña y su codicia, y once días
En el desierto islote, entre zozobras
Y tormentos sin nombre, les retienen
Hasta que el precio señalado logran.
Entonces, sin piedad, levan las anclas
Y á su suerte fatal los abandonan.

Como llegó la escuadra, así se aleja
Y así se pierde entre la obscura sombra;

Impune queda tan horrendo crimen,
Y sólo se levanta vengadora
De Lorencillo al repetir el nombre
La maldición eterna de la historia.



JUAN VENTURATE

(FRAGMENTO)

JUAN VENTURATE

(FRAGMENTO)

Ya de la eternidad en el misterio,
Donde los siglos vuelan confundidos
Cual átomos perdidos,
Que ni del tiempo el vendaval agita,
Y en silenciosa y turbia catarata
Raudo se precipita
En abismos revueltos y profundos
El torrente sin fin de las edades
De tantos soles y de tantos mundos;
Sus años postrimeros
El siglo diez y seis iba arrojando,
De su triunfal carrera majestuosa
La ruta señalando
Con indeleble estela luminosa.